



Poesía interminable

JORGE RUIZ DUEÑAS

Ignoro si como sugiere en un soneto Griselda Álvarez, exista una “edad del homenaje”. Empero, no abrigo dudas respecto de los merecimientos para la publicación de este libro donde conviven ensayos diversos sobre sus quehaceres político y literario, con rigurosos combates a bayoneta calada: moderna y transfigurada Matilde di Canossa. Cuando se habla de una obra abierta y viva, como es el caso, la opinión sobre lo escrito acerca de ésta no es tan legítima como la opinión propia. En consecuencia, en vez de comentar los textos sobre ella decidí asomarme más a algunos resquicios de la obra celebrada.

Convocados por su nombre, el título del libro remite a política y poesía. Empero, merced a la sustancia abordada en los diversos ensayos y la disparidad de las expresiones humanas bajo escrutinio, quizá convenga más hablar de Griselda Álvarez: la política y la poeta. La intención de Vladimir Mayakovski en diversos trabajos difundidos con el célebre título *Poesía y revolución*, más allá de las contradicciones de uno de los poetas más influyentes de la epopeya rusa, fue insuficiente para abrir brecha a esa yuxtaposición enjoyada con consignas políticas, cuyos densos resultados solían exudar versos programáticos, panfletarios, y diatribas apasionadas. Sólo la intensidad del mar poético de Pablo Neruda nos permite olvidar sus lamentables poemas a Stalin, cuando recuperó la metáfora al servicio del estro. Bien se ha advertido cómo la poesía patriótica o partidaria “suele ser la que antes se desmorona en

la obra de un poeta” (Yourcenar, sobre Borges). Otro asunto es la gran literatura surgida de la acción política sobre nuestras vidas, con su lastre de dolor perdurable. El poema “Adiós bandera roja” de Evgeni Yevtuchenko es un ejemplo palpitante y reciente de esas erosiones. Con sabiduría, Griselda Álvarez se ha mantenido distante de la emulsión político-literaria. Ni siquiera su “Canto a las barbas”, rimas llenas de gozoso ingenio cercanas a las escaramuzas verbales de la Edad de oro donde relucían las plumas como afilado estilete, encaja en la malhadada combinación.

No basta “la noción de la armonía en las proporciones y la lucidez hasta en la gracia”, ha escrito Marguerite Yourcenar sobre Virginia Wolf, la creadora de nuevas perspectivas para el prodigio del relato. Por muy ricos que sean, no bastan, insistió. La dote de cualquier poeta requiere de un don más misterioso “el de trasfigurar la realidad o hacer que caigan sus máscaras”. Esa, considero, ha sido la búsqueda, la apuesta de la autora de *Anatomía superficial* cuando armada con una mirada dispuesta a hacer caer la piel detrás de la hoja de parra busca la médula medida de la epidermis del deseo. El recorrido salomónico sin ríos de leche y miel sobre el cuerpo amado en veintidós sonetos prodigiosos en descripción corporal, responde con donosura a la mirada impuesta por Cristina Peri Rossi en *Solitario de amor* cuando hace decir a la voz narrativa: “mi mirada se alimenta de tus fobias y de tus temores, de tus duelos y de tus deseos, de tus vidas anteriores, de los nombres que tuviste en otras épocas, de las niñas que fuiste, de tus menstruaciones dolorosas, de los orgasmos arrancados como la concha adherida a la piedra”.

Como ha escrito la melancólica escritora de *Las horas*: “El ojo no es un minero, ni tampoco un buceador ni un buscador de tesoros escondidos. El ojo flota blandamente a merced del río”. Y los ojos también admirables de Griselda Álvarez, la mirada indagatoria de la

realidad y la emoción disgregante, penetran la materia de las cosas, la naturaleza de los sentimientos contrarios y contradictorios igual al flujo de la conciencia en el monólogo interior, o las manzanas del bíblico pecado vistas con la luz íntima de Renoir frente a Cezanne: masas iguales en su dulce reino y diferentes en las pupilas de cada percepción.

Aún tartajeando discusiones justificadas e inauditamente tardías sobre la igualdad de mujeres y hombres, dos caras de la misma moneda, no es extraña la incursión de taxonomías literarias en cuyo vértice está el género. Bien lo dice la poeta: Nacer mujer es un inmenso reto. Pero a la postre, sólo hay literatura buena y literatura mala. Las perspectivas de grupo resultan válidas para contextualizar la acción, los protagonistas y antagonistas, la elevación de las letras y sus argumentos y formas, la edad de la interlocución, la avidez por la vida o por la muerte. Por ello, son injustas las clasificaciones donde otra discriminación, aun involuntaria, aflora silenciosa como las cubiertas de un barco con pasajeros de diversa extirpe. “No cuente conmigo para hacer particularismos de sexo” respondió Marguerite Yourcenar, la más grande narradora histórica de todos los tiempos y faro literario del siglo xx, a Matthieu Galey. Ella misma, al ingresar a la Academia Francesa y derrumbar una barrera misógina de trescientos años, confesó en su discurso de ingreso con su proverbial probidad moral y creadora, la posible turbulencia de haberse abierto antes la Academia a la bella Aurora Dupin, baronesa Dudevant, mejor conocida con el nombre de George Sand, cuya generosidad de emociones desbordó a su tiempo como mujer admirablemente mujer, no como escritora. La literatura francesa y universal de hombres creadores de extraordinarias personajes entrañablemente arraigadas en nuestra educación emocional (Electra, Lady Macbeth, Madam Bovary, Ana Karenina, doña Bárbara) se rendía y se honraba en ese momento a sí misma, según las palabras de respuesta de Jean d’Omersson, “no por el acci-

dente de su sexo, sino por la firmeza de su escritura y la altura de sus pensamientos”. En esa misma tesitura ha de hablarse de la tarea literaria de Griselda Álvarez, pues así se ha pronunciado también en su prólogo a 10 mujeres en la poesía mexicana del siglo xx.

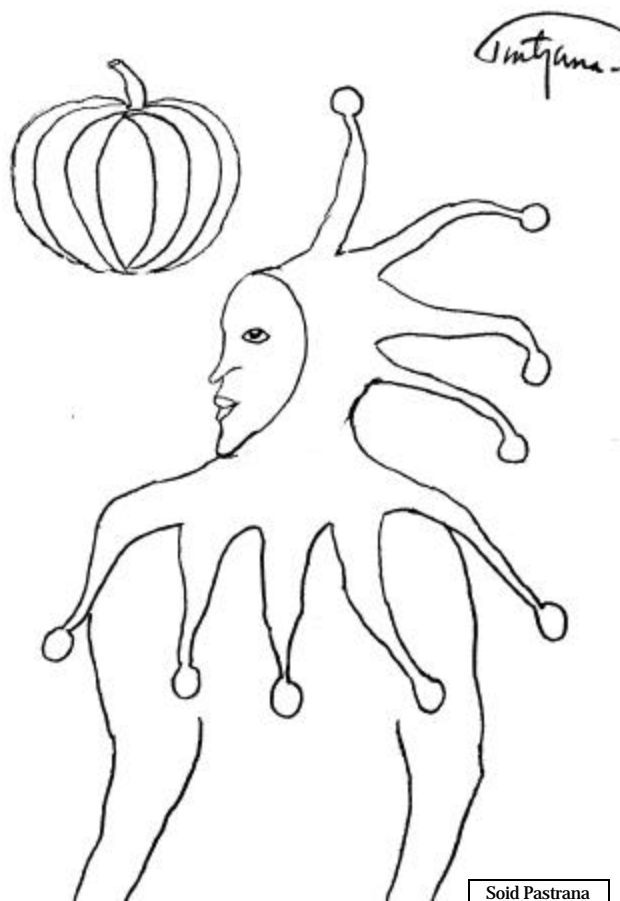
Por ello, me gustaría centrarme en tres puntos: su poema genesiaco “Letanía erótica para la paz”, la soledad en su ars poética y la actitud ante la muerte. Salvo los textos sagrados, pocos poemas como la “Letanía” evocan la metáfora de la vida en su decantado proceso. No me refiero a la celebración de la existencia sino al origen de la senda, la angustia ontológica y teleológica en la cotidianidad, aquí y ahora. Detrás de las asimiladas lecturas de esta mujer de letras aflora la certidumbre de Lucrecio sobre la indivisibilidad de cuerpo y alma en De la natura de las cosas, cuya principal fuente teórica la constituyen las obras de Epicuro, al decir de nuestro latinista mayor Rubén Bonifaz Nuño. El principio de lo creado, el “principio del mundo”, la fertilidad de las generaciones a manera de fórmula para la trascendencia, la inmortalidad misma atrapada en la incertidumbre del tiempo, tienen en ese poema los ingredientes de la madurez discursiva de quien ha visto y oído lo suficiente para desentrañar algunas razones del ser. El amor como categoría, definida por Pierre Teilhard de Chardin como “la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas”, encarna el río de la historia en este poema donde fluye una conmoción interior apenas descriptible. Y esa marcha de la vida cotidiana y la eterna dualidad humana, transitan dramáticamente por el poder: fuerza destructora y constructora de lo creado y lo increado. De ahí la vertebración con Gilgamesh o la angustia por la muerte, poema babilónico donde el erotismo primigenio se diluye en las carnes de Shámhat la hieródula, y la búsqueda de la inmortalidad robada después por la Serpiente Primordial hasta asumir la humanización del personaje más allá del ejercicio de los atributos del poder: esa vertiente del mundo

ampliamente conocida también por la poeta, como el largo sueño de la muerte de los colgados y baleados vistos con la pupila niña en el péndulo de los árboles.

Cómo imagina Griselda Álvarez el tiempo primigenio: Eras sólo. Eras entonces sólo, le recuerda al amado asomado al principio del mundo y también a su soledad interior. Es que la noche vivía sola: justifica o explica la poeta. Vamos hacia el principio, invita... Somos los dos y estamos llenando el mundo, sentencia lapidariamente. Y la amalgama de la especie en el principio de la nada y su augusta vacuidad, son otra forma de preguntar y buscar la inmortalidad a la que también aspiró Gilgamesh, monarca de Uruk después de reconocer la perdurabilidad de su nombre sólo merced a la obra material. Empequeñecidas / las madres son gusanos que piden misericordia / en este breve infierno, dice ella en su Letanía, mientras Gilgamesh ordena: Si bajas / al Infierno, / has de respetar / mis instrucciones... El héroe se preocupa por la capacidad disolvente de la muerte; la poeta, está segura de la perdurabilidad mediante el recurso inaudito de las generaciones: La pareja que camina a tientas para encontrarse siempre, / porque ciñe en su abrazo universal / el límite del tiempo. Pero sobre todas las cosa, Griselda a diferencia del poema acadio ahogado en el dilema del tirano-héroe, asegura y probablemente debemos creerle: (...) no ha de romperse el mundo. Hemos de seguir siendo.

El soplo inicial, la dualidad de barro inmersa en su mortalidad sin fin, el poder implacable, el poder para perdurar en la memoria de las mujeres y los hombres, pero sobre todo la soledad y la muerte, son la singladura de una poesía, la de Griselda Álvarez, trascendida más allá de su propio abrazo. El inicio como preocupación poética tiene la referencia del vacío eterno, el cautiverio del mundo y la aceptación de la combustión lenta e ineludible. Sus poemas así lo cantan. Poeta de métrica depurada hace de la ausencia una virtud. Pero esa soledad elevada a categoría de impulso

signa su obra sin desgarramientos innecesarios, acepta la condición frágil de la existencia y une su voz al flujo humano. No es menester recurrir a argumentos diversos a la lectura cuidadosa de su obra, para entender ese afán de entrar en la muerte, como Yourcenar le exigió al emperador Adriano –privilegio de las almas recias– con los ojos abiertos. La poeta en su soneto a la manera del augusto monarca, ha renunciado a apresurar la muerte porque la existencia es un acíbar necesario. Entonces, de cuál soledad hablamos. Ciertamente no de la ahogada ausencia del mundo, ni del sofoco de su esencia áspera, sino de la soledad arramblada por el silencio constructor. Faltan, sí, las presencias. Unas se fueron con la fatiga impredecible de los cuerpos y la voracidad de las almas. Otras, resultan del abandono o la distancia o del recorrido diverso al de los seres amados y las cosas amadas. Los mensajes cifrados a una nieta, algo recuer-



dan la melancolía materna de Marina Tsvietáieva en aquel verso a su hija Alia: Algún día, criatura encantadora, / para ti seré sólo un recuerdo. Empero, la soledad de Griselda Álvarez deriva de las preguntas supremas y antiguas, si bien, no por ello resueltas. Persuadida de la precariedad del ingenio humano, se reconcilia sin severidad con los gestos de la vida y los mensajes indescifrados al deletrear el universo.

Las tapias, las hiedras trepadoras, las sombras, acaso son la crisálida de una poesía alimentada por su propia conciencia de finitud. Pero no se pierde en el lamento ni la saudade; acaso encuentra y se reencuentra en la plenitud de la conciencia. Sí. Como en las aspiraciones metafísicas indostanas, la poeta cada día es más conciencia, menos carne, más poesía hilvanada en una sola certidumbre, para todas las mañana decir con Saint-John Perse: Henos aquí, vejez. Encuentro fijado, desde hace tiempo, con esa hora llena de sentido. Así, la edad es una virtud cantada en la confesión de un cuarteto de Álvarez: Quiero llegar hasta la edad provecta / hasta esa edad senil que desmemoria / y convierte en una obra meritoria / aquella que quizá fuera obra abyecta. El elogio a la madurez no es sólo al paso del tiempo sino la bienvenida paulatina y serena del ineludible tránsito. No necesariamente hablamos del desprecio a la muerte, sino de la prestancia para vivir en la vigilia insinuada por el verso de Lucilio, citado por Séneca en una de sus cartas: La muerte no viene toda de una vez; / la que se nos lleva es la última muerte. Por ello, la autora de Los sonetos terminales concluye con rimado acento: Entré en la ancianidad, la malvenida, / el punzón que se clava, la advertencia, / la edad en que se instala la dolencia. Única conclusión: se va la vida. Coincide, no hay duda, con Séneca, el latino tratadista de filosofía moral, en la ironía al penetrar la noche eterna (“¡Acaso hay mejor salida que ir resbalando hacia el fin, dejándonos llevar por la naturaleza”).

Curiosa coincidencia la de una mujer de poder acompañada por la duda de la divinidad (tal vez porque escuchó advertir a Borges sobre el rumor de la existencia de Dios) y un pensador cercano al poder, quien no acabó sus días de la manera predicha en el suave deslíz del agotamiento fisiológico y celular, sino abriéndose las venas por motivos políticos.

Un comentario final seguido de un deseo: En su discurso de ingreso a la Academia Francesa para ocupar el sillón de Roger Caillois, la creadora de Zenón se lamentaba de la ausencia de una piedra con el nombre del gran ensayista como sucedió con Goethe. Al responderle Jean d’Ormesson compartió una grata noticia: en vez de una piedra, el nombre de Caillois lo llevaba ya una mariposa. Dijo entonces:

La eternidad relativa a la que podemos aspirar está acaso mejor asegurada por la vida pasajera de seres que se reproducen que por la presencia inerte de una materia inanimada. Roger Caillois no ha muerto: los hombres que pasan aún se acuerdan de él y una astilla viva de la naturaleza que permanece inmortaliza su nombre.

En el momento que hablo, en alguna parte del mundo revolotea sobre las piedras y debajo de las nubes uno de esos insectos oscuros y sin embargo luminosos que hacía soñar a Caillois.

Quizá algún día un entomólogo vagando por la cordillera de la Sierra Madre, ante sus cúspides y el espectáculo de la vida feraz y el lejano litoral del Pacífico del Sur, descubra para sí y para nosotros una nueva especie de lepidóptero en plena metamorfosis. Podría tener en sus extendidas alas el verde serrano de Colima y el azul de las aguas hondas, la gama de oscuridades de las cavernas y las noches con puntos iridiscentes para la cartografía estelar. Quizá, ese entomólogo azorado por la nueva especie recordase en el vértigo del momento algún verso de una poeta vecina de la calle de las nubes, y decir casi en secreto: esta mariposa se llamará Griselda... Ese es mi deseo. ■